

Constitución definitiva del jehovahismo

A lo largo de este período de paz y prosperidad relativa del reinado de Ezequías puede fijarse la definitiva determinación de la religión jehovahísta como la concibieron los profetas del tiempo de Achaz, y la perfeccionaron Isaías y Miqueas. Jehová apenas tenía ya lazos con la naturaleza. Se borró momentáneamente su carácter de Dios nacional y parece absoluta la victoria del monoteísmo. Jehová es el Dios que hizo el cielo y la tierra. Quiere el bien y el hombre le rinde tributo practicando la justicia. Un culto así puede practicarlo cualquiera, y en tal sentido, toda la humanidad es llamada al culto de Jehová.

La historia del mundo es el desarrollo de un plan fijado y amado por Jehová. La raza de Israel es el eje de esta historia. Jehová la dirige entre

la familia aramea, como tribu privilegiada y la sigue con la vista más de mil años. La mayor muestra de afecto que le dio fue sacarla de Egipto por medio de Moisés, a quien manifestó en el Sinaí su voluntad. En el siglo VIII había desaparecido casi completamente la adivinación por el *efod*, pero la nigromancia estaba en su apogeo. Pero según el jehovahista puro, sólo a Jehová se debía consultar. Otro cualquier oráculo era una injuria a su majestad e implicaba la suposición de que existía algún poder fatídico y divino inherente a la naturaleza.

Asiria es la fuerza puesta en marcha por Jehová para realizar su plan secreto o sea que Israel realizase un mundo justo. Destruído el reino de Samaria, lo será probablemente también el de Judá, pero los destinos de Sion son eternos. El auténtico rey de la dinastía belenita, el David ideal que aún no se ha visto, aparecerá y reunirá bajo su cetro a todo Israel. Rey y profeta a un tiempo, llevará al pueblo por la senda del jehovahismo puro. Conocerá entonces el mundo la superioridad de Sion. Abolidos los sacrificios, el culto verdadero de Jehová será la justicia y la dicha.

Así fue el sueño espléndido en que se concentró todo el poder de amar y de creer de los judaístas piadosos, 710 ó 720 años antes de J.C. El reinado de Ezequías fue aquel en el que se establecieron los rasgos de esta edad de oro. El mesianismo es una creación de Jerusalén y no de las tribus del Norte. Necesitaba el mesianismo a David, a Sion, a una dinastía legítima. El rey teócrata fue relegado al porvenir: era como un sol que aparecería al fin de las edades.

Un sistema religioso, tan raro, el menos mitológico y menos metafísico concebido por el cerebro de una gran raza, era en el fondo el viejo elohismo patriarcal vivo, humanitario y entrado en la Historia. Era tan profundo el deísmo entre aquellos nómadas incorregibles, que logró expulsar, con un trabajo de eliminación secular, la gran parte de paganismo que había entrado en Israel con el falso dios Jehová, esencialmente local y nacional. Jehová llegó a ser un sinónimo de Elohimismo. En una palabra, simplemente, sin matices diferenciales, Jehová significó «Dios».

El movimiento jehovahista de los profetas significó un retroceso, un esfuerzo para volver a una religión más antigua y más pura, y por esto se parece al protestantismo. La obra de los profetas que rodean a Ezequías, sin dominarlo por completo, consiste en purificar, en eliminar escorias. Se aclara definitivamente desde entonces el carácter esencial del judaísmo. Es una reforma de puritanos, una negación, una religión de medidas preventivas y de precauciones. El antiguo jehovahismo no había conseguido prescindir de las supersticiones, pero a mediados del siglo VII, se empezó a hilar más delgado. Dos deberes se imponían a los puritanos: deshacerse de cuanto no fuera jehovahismo, y librar a éste de las tolerancias que, según los profetas, ensuciaban su pureza.

Mediante la destrucción del reino y de los santuarios del Norte tomó mayor importancia el templo de Jerusalén. Hasta entonces, como ya hemos indicado, había sido principalmente una capilla particular del rey, pero cada día se hacía más inmenso su destino. Se convertiría en el santuario nacional de todo Israel. El templo, en tiempo de Ezequías, fue purificado y santificado, pero no desarrollado ni embellecido. Es posible

que muchos motivos de ornamentación del tiempo de Salomón, no ejecutados con arreglo a un gusto muy rigorista, sufrieran entonces retoques severos. Esto no pasa de ser una hipótesis, y si estos retoques hubieran sido considerables, parece que habría textos que perpetuaran su recuerdo. Existe un texto formal (Libro de los Reyes, XVIII, 41) que cuenta la acción más atrevida que el espíritu iconoclasta dictó a los reformadores y que fue la siguiente.

Lo que menos gustaba a los profetas, de todo lo que había en el templo, era el *nehustán* o serpiente de cobre, antiguo talismán, que se decía fabricado por Moisés contra la mordedura de las serpientes. Se le había ofrendado incienso como a un dios y tal vez fuera en efecto una imagen de Jehová procedente de una época en que se representaba a aquel dios en formas tomadas de Egipto. Ezequías mandó destruirla. Para que se verificara semejante innovación, era necesaria la existencia de un partido religioso muy fuerte. El *nehustán* era una reliquia nacional de primer orden y la religión nacional es siempre supersticiosa. Cuando Ezequías mandó romper la serpiente de cobre de Moisés, hizo lo mismo que los protestantes del siglo XVI de nuestra Era al mutilar los santos góticos y romper los más venerados altares. El horror a la impostura sacerdotal y el materialismo religioso superaba el respeto a la tradición. Héroe de la abstracción y de la verdad, el profeta judío es más que patriota. Las mentiras con que el patriota se contenta fácilmente, le revuelven el estómago. Una fábula que atribuye virtud a un objeto natural, le parece una disminución del poderío de Jehová.

Los puritanos consiguieron también por Ezequías la supresión de los cipos sagrados y pilares fálicos que llevaban el signo de Astarté. No sabemos si reclamaron también la unidad del lugar de culto, que habría sido agradable a la realeza, siempre centralizadora. Probablemente Isaías solicitara la supresión de los sacrificios extraurbanos, pero aunque el rey estuvo siempre de acuerdo con el partido piadoso, no se dejó dominar por éste. La supresión de estos sacrificios habría traído consigo vejaciones y perturbaciones como las del tiempo de Josías y lo que caracterizó el movimiento dirigido por Ezequías e Isaías (al revés del de Josías y Jeremías) fue que, por lo menos en su primer período, no contempló ninguna crisis ni medida de rigor. Indudablemente el rey debió de recibir consejos encaminados a emplear la energía contra los empedernidos, pero no hay pruebas de que hiciera caso. Se limitaba a dar cargos de la corte y cuanta importancia podía a ciertos hombres piadosos que le recomendaba Isaías. No sabemos que persiguiera a nadie. Ni siquiera se purificó absolutamente la ciudad de Jerusalén, en la que se veían representaciones idolátricas, o al menos escandalosas para los jehovahistas austeros. El rey no creía tener derecho a suprimir tales representaciones, opuestas a sus sentimientos personales, pero toleradas por las costumbres.

En Jerusalén, la circuncisión, que antes era únicamente una sencilla preparación para el matrimonio, se convertía cada vez más en una regla religiosa. No era al principio muy preciso su significado religioso, y ni los profetas, ni el Decálogo, ni el Libro de la Alianza hablan de ella, pero cada vez tomaba mayor carácter religioso. Toda la gente previsora, todos los

buenos padres de familia circuncidaban a sus hijos como los actuales los vacunan. Se dio por seguro que tal era la voluntad de Jehová, y que se infringía un precepto suyo, al no circuncidar a los hijos en edad muy tierna.

Las fiestas judías se desarrollaron, pero no llegaban a tener nada de universal ni nacional. La Pascua era la fiesta mayor del año y la idea de que todos los actos religiosos ganaban con ser celebrados en Jerusalén, se iba extendiendo, idea a la que beneficiaba la pequeñez del reino de Judá. Los fieles más lejanos de Jerusalén no tenían que andar más que diez leguas para llegar a ella.